Domingo 20 febrero 2000
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mc 2,1-12

Tus pecados te son perdonados

En su primera estancia en Cafarnaúm Jesús había despertado tanto entusiasmo en la gente que "la ciudad entera estaba agolpada a la puerta" de la casa de Simón y Andrés donde él estaba. Para sustraerse a este entusiasmo Jesús dice a sus discípulos: "Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique... Y recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios" (Mc 1,38-39).

Ahora vuelve a Cafarnaúm. "Entró de nuevo en Cafarnaúm; al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa". Se entiende que se reproduzca la misma escena de antes: "Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, y él les anunciaba la Palabra". Esto es nuevo. Ahora el interés de la gente no es de obtener la curación de sus enfermos, sino de escuchar su Palabra. Tienen razón, porque él tiene palabras que dan una salud superior a ésta corporal; él tiene palabras de vida eterna, que sanan al hombre en su espíritu. Esto es lo que quedará claro en lo que sigue.

Siempre hay algunos que buscan un beneficio corporal: "Le vienen a traer un paralítico llevado entre cuatro". En su desesperación por introducirlo ante Jesús y "al no poder presentarselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la apertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el paralítico". Hay que imaginar el revuelo que se habrá producido, primero al ver que se abre el techo y luego al ver que desciende en medio de la sala una camilla con un enfermo. A nadie puede caber ninguna duda de lo que esos hombres quieren: ellos quieren que Jesús cure al paralítico y están seguros de que él lo puede hacer. ¿No habían oído ellos que Jesús en ese mismo lugar "curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades" (Mc 1,34)? Veamos cómo reacciona Jesús.

"Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: 'Hijo, tus pecados te son perdonados'". Esta reacción de Jesús, a primera vista, es desconcertante. Es cierto que demuestra extraordinario afecto por el enfermo: este es el único hombre al cual Jesús trata de "hijo". Pero ¿es posible que Jesús sea el único que no haya comprendido que lo que esos hombres quieren es la salud física del enfermo? En realidad, Jesús ha comprendido mucho más que lo que ellos piensan; Jesús sabe que con declarar al paralítico liberado de sus pecados, ya le ha concedido todo: salud espiritual y física. El pecado es la causa de la muerte, de la enfermedad y de todos los males; liberando al hombre del pecado, Jesús lo ha liberado de todas sus consecuencias, también de

la parálisis. Por eso, muriendo en la cruz por el perdón de los pecados, Jesús obtuvo para el hombre la vida eterna y la futura resurrección de la carne. Todas las curaciones de Jesús son un signo de esta verdad. Si el paralítico hubiera entendido esto, ante las palabras de Jesús, habría reaccionado diciendo: "Gracias, Señor", habría tomado su camilla y habría salido caminando. Pero no entendió tanto.

Estaban allí algunos escribas que entienden mejor el sentido de las palabras de Jesús y pensaban en su interior: "¿Por qué habla éste así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?". Nunca han dicho nada más verdadero: perdonar el pecado, que es una ofensa contra Dios, puede hacerlo sólo Dios. Jesús va a demostrar que, cuando él dice: "Tus pecados te son perdonados", esa palabra es eficaz y alcanza ese efecto; va a demostrar que él es ese Dios que puede perdonar los pecados.

"Conociendo Jesús lo que ellos pensaban en su interior, les dice:... ¿Qué es más fácil decir al paralítico: 'Tus pecados te son perdonados' o decirle: 'Levantate, toma tu camilla y anda'?". Ellos no responden. Saben que es más difícil perdonar los pecados, porque esto puede hacerlo sólo Dios; pero es más fácil decir: "Tus pecados te son perdonados", porque nadie puede verificar su efecto. Para demostrar que él ha dicho lo más difícil y que ese efecto se ha producido, porque él tiene en la tierra poder de perdonar pecados, Jesús dice al paralítico: "Levantate, toma tu camilla y vete a tu casa". Y el paralítico se levantó y salió a la vista de todos llevando su camilla. "Todos quedaron asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: 'Jamás vimos cosa parecida'".

Jesús demostró que él tiene poder para perdonar los pecados. Siendo el pecado una ofensa contra Dios, su magnitud es tal que sólo puede ofrecer satisfacción y obtener el perdón alguien que sea de naturaleza divina. Pero el que ha ofendido a Dios no es Dios, sino el hombre. Por eso el que tiene que expiar es el hombre. Tiene que ser entonces un hombre que, al mismo tiempo, sea Dios verdadero. Y éste debía ofrecer su carne en sacrificio. Esto es lo que hizo Jesús en la cruz. El sentido de su muerte y su realidad de sacrificio redentor del pecado quedó aclarado en la última cena cuando dijo sobre el pan y el vino: "Esto es mi cuerpo que será ofrecido en sacrificio por vosotros... este es el cáliz de mi sangre... que será derramada por todos para el perdón de los pecados".

Por virtud de este sacrificio, concedió Dios la reconciliación al mundo. Y la virtud que procede de este sacrificio, no sólo la administra Jesús personalmente, sino también los sacerdotes, a quienes, por medio de la ordenación sacerdotal, ha comunicado el poder de perdonar los pecados. Lo estableció así Jesús cuando dijo a sus apóstoles: "A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a

quienes se los retengáis les quedan retenidos" (Jn 20,23). Es claro que ellos pueden perdonar los pecados, no por su propia virtud, sino por virtud del sacrificio redentor de Cristo. Esa virtud Jesús se la anticipó al paralítico, así como se la había anticipado a la Virgen María para que ella fuera inmune de todo pecado en su concepción y perpetuamente después.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción